

de los arios de Media, y los dejaba impotentes bajo su apariencia de fuerza y de grandeza. Concibió el osado designio de que en vez de los medos imperara el pueblo del cual había él salido. Resguardados por la distancia contra la corrupción de las costumbres babilónicas, habían conservado los persas más sencillez y energías que los medos. Ciro, que lo sabía, se escapó de la corte, dispersó á la tropa encargada de perseguirle y volvió á Persia. Derrotado en la primera batalla, que costó la vida á su padre, venció en la segunda é hizo prisionero á Astiajes. Cautivo el rey, ya no resistió Media y se rindió entera al vencedor.

Todo esto son cuentos: la historia real es menos novelesca. Según las inscripciones, Ciro pertenecía á la familia Aqueménida y

era rey de Aushan como sus tres antecesores inmediatos, Tesipes, Ciro I y Cambises I. La tradición clásica asegura que los reyes persas eran vasallos de los medos, y nada demuestra que tal creencia sea errónea. Ciro II subió al trono en 558, tomó las armas contra su soberano en 553 ó 552, derrotó á Astiajes y entonces se sublevó el ejército medo, entregó al rey á su enemigo, cayó Ecbatana, y sus despojos enriquecieron el tesoro del vencedor. Derrumbóse el imperio de Cixares (549), pero aquello fué un cambio de dinastía más bien que una conquista extranjera. Astiajes y sus predecesores habían gobernado á medos y persas; Ciro y sus sucesores mandaron sobre persas y medos.

LIBRO V

EL IMPERIO PERSA

CAPITULO XIII

La conquista persa.

El mundo oriental al advenimiento de Ciro; Creso y Nabónides; conquista de Lidia; los persas en el extremo Oriente; caída del imperio caldeo.—Cambises, Amasis y Psamético III; conquista de Egipto; tentativas contra Libia y Etiopía.—Gaumata y Dario I: reorganización y división del imperio persa; expediciones al Norte y al Este, á Escitia y á Grecia.

El mundo oriental al advenimiento de Ciro; Creso y Nabónides; conquista de Lidia (546); los persas en el Extremo Oriente (545-539); caída del imperio caldeo (538).

Desde el tratado de 585, no se había turbado la paz entre Media y Lidia, grandes Estados que se repartían el Asia Menor. Cada cual, seguro de la neutralidad del otro, había concentrado sus esfuerzos contra las regiones donde no pensaba encontrar rivales serios: Media contra los países del Extremo Oriente y contra Babilonia; Lidia contra las colonias griegas y contra las naciones indígenas de la península. Aliates no había pensado más que en consolidar su situación, ya con casamientos ventajosos, ya por la fuerza de las armas. El matrimonio de una hija suya con Melas de Efeso le aseguró en aquella ciudad el apoyo de un bando considerable. Su hijo Creso, nacido de una caria, recibió como dominio la Misia Propóntida y su hijo Adramitios la Misia Meridional, donde construyó la fortaleza de Adramitium. Empleó los últimos años de su reinado en construir una tumba gigantesca y todos los recursos del reino apenas fueron suficientes para este trabajo, teniendo que suspender las guerras para terminarlo. Costóle trabajo á Creso hacer valer sus derechos á la corona, pues su hermano Pantaleón, hijo de una jonia, le disputó mucho tiempo el poder con el apoyo de los descontentos. Al deshacerse del incómodo rival, empleó Creso una política pacífica y enriqueció los santuarios griegos, europeos y asiáticos. Por esto se le otorgó el derecho de ciudadanía griega, y á los lidios el de

ocupar primera fila en los juegos olímpicos: pero los jonios no se creyeron obligados por ello á sacrificar su libertad. Creso renunció entonces á la dulzura y declaró la guerra á las ciudades que le cerraban la salida de los valles del Caistro y el Hennos. Efeso fué la primera en sucumbir, á pesar de las relaciones personales del rey con el banquero Paufaes. La Acrópolis fué destruída y la población se reunió en la llanura en torno

al templo de Artemis. Esmirna experimentó la misma suerte y luego las ciudades de menor importancia. A Creso se le ocurrió armar una escuadra y apoderarse de las Cícladas; pero la inexperience de los lidios en navegación le impidió realizar su proyecto. Entonces se subyugó en pocos años á los maryandinos, los tracios del Asia, los bitinios, los pafagonios y las tribus frigias, que se habían librado de sus antecesores, la Licaonia y la Panfilia. Excepto Licia y Cilicia, todos los países comprendidos entre el Ponto Euxino, el Halys y el Mediterráneo le pagaron tributo. La adquisición de tantas provincias fértiles é industriales hizo de él un soberano opulentísimo, y la generosidad con que prodigó sus tesoros excitó la admiración de sus contemporáneos. Los griegos dieron á Creso un renombre de riqueza que todavía dura entre nosotros.

Al saber la caída del imperio medo, calculó



Estatua de Artemis, la diana de Efeso.

con cierta perplejidad las consecuencias que podría acarrearle este suceso. Quedaban anulados los tratados de 585, y si por una parte perdía Lidia una alianza provechosa para su seguridad



Ruinas de un palacio persa en Tak Kesva.

y grandeza, por otra parte recobraba su libertad de acción, y podía atravesar el Halys. El momento era favorable para un ataque, mientras no se afirmaba el poderío de Ciro y no se le sometían las provincias orientales de Media. Creso se decidió por la guerra y buscó aliados. Egipto acogió muy bien á sus embajadores, pues Amaris creía que el poderío persa amenazaba á su reino. Se firmó una alianza ofensiva y defensiva, á la cual se adhirieron Nabónides, de Babilonia, y los lacedemonios. En 545, el rey de Lidia mandaba una coalición que fácilmente habría podido más que Persia; si su acción se hubiera empleado conjuntamente; pero la traición de un jefe de mercenarios griegos reveló á Ciro el peligro y precipitó el desenlace. La tradición lidia quiso ver en la caída de Creso la voluntad explícita del destino. El rey se había dirigido á los diferentes oráculos de Grecia para saber el porvenir, recibiendo de ellos respuestas ambiguas que interpretó con arreglo á sus deseos. Se le había dicho que si atacaba á los persas destruiría un gran imperio, y que duraría la supremacía de su raza hasta que un medo ocupara el solio de Media. Entendió que los dioses le prometían la victoria, y no pensó más que en llevar la guerra al territorio enemigo. Los pocos documentos que referentes al caso poseemos, demuestran que en vez de tomar la ofensiva, fué sorprendido por su adversario. En cuanto fué advertido del peligro, se puso Ciro en campaña. Atravesó sin autorización el Norte del imperio caldeo y llegó á Capadocia, en la cual tropezó con las avanzadas lidias. Avisado Creso por los emisarios de Nabónides, había reunido cuantas tropas tenía disponibles, y antes de llegar los persas había invadido á Capadocia en la primavera de 546. Se apoderó

de Pteria, cuya ciudadela dominaba el reino de Sinope y devastó sus alrededores como para interponer entre él y el enemigo una ancha faja de desierto. Ciro, batido en el primer encuentro, propuso una tregua de tres meses, que aceptó Creso para dar á sus aliados tiempo de alcanzarle. Ciro trató de provocar una revuelta á retaguardia del adversario y envió mensajeros á los griegos de Jonia para que se le unieran. Se negaron á ello, menos por amistad hacia el lidio que por temor al dominio de los persas. Al reanudarse las hostilidades, cambió la suerte de los lidios y vencidos por el número, tuvieron que replegarse detrás del Halys después de un día de lucha encarnizada. Creso se retiró lentamente, devastando el país á su paso para retrasar la persecución. Próximo el invierno, creyó terminada la campaña y licenció á los mercenarios y envió á sus aliados de Grecia, Caldea y Egipto la orden de prepararse á una campaña ofensiva en la primavera siguiente. Contaba con que los persas invernarían en Capadocia, pero comprendió Ciro que si aguardaba más meses, de no perder por completo su causa, la pondría en grave peligro. Atacado de frente por los contingentes de Lidia y Lacedemonia, amenazado de flanco y retaguardia por egipcios y caldeos, tendría que retroceder ó dividir sus fuerzas. Atravesó, pues, el Halys á pesar del invierno y se dirigió derechamente á Sardes. Creso envió apresuradamente sus tropas indígenas y presentó la batalla. Aun en circunstancias tan desfavorables habría obtenido la victoria, si su caballería, que era la mejor del mundo, hubiera podido atacar. Pero Ciro había cubierto el frente de sus columnas con una línea de camellos y el olor de éstos espantó de tal modo á los caballos lidios, que se



Los Escitas preparando sus armas. (De un vaso antiguo.)

desbandaron sin poder cargar. Una segunda derrota en los confines del Heros acabó de desorganizar la resistencia. Creso se atrincheró en Sardes, y envió mensajes repetidos á sus aliados para apresurar su llegada. La ciudadela es-

taba bien defendida, y pasaba por inexpugnable. Había rechazado un asalto y parecía dispuesta á resistir mucho, cuando por casualidad se consumó su ruina. A un soldado de la guarnición se le cayó el casco desde lo alto de la muralla y descendió para recogerlo, volviendo á subir por el mismo camino. Un aventurero mardo, llamado Hireades, lo observó, escaló estos peñascos que los ingenieros no habían fortificado, creyéndolos inaccesibles, y penetró con algunos compañeros en el centro de la plaza, que sucumbió á los catorce días de asedio.

Al quedar Lidia fuera de combate, la coalición se deshizo. Los lacedemonios permanecieron en su país. Anaris no se movió tampoco y Nabonides permaneció á la defensiva. Si Creso hubiera vencido, no habría cambiado perceptiblemente la faz del mundo. Lidia estaba muy lejos del Irán para poder dominar en Media de un modo duradero. Ciro habría rehecho su ejército más ó menos pronto, y habría vuelto á la carga hasta lograr sus proyectos. Su triunfo señala una era decisiva en la Historia. Todos los reyes de Oriente, grandes y pequeños, comprendieron que quedaban á merced suya y se esforzaron en evitar el más leve motivo de pendencia con él. Una campaña de pocos días había destruido la obra de tres años de negociaciones. El hundimiento súbito de la monarquía lidia dejó estupefactos á los griegos. Era la primera vez que veían representada ante su vista una de aquellas grandes tragedias que tanto abundan en la historia del mundo oriental. La dinastía de Giges los había asustado con su vigor, deslumbrándolos con su opulencia y conquistándolos con su esplendidez. La habían creído invencible y no concebían que pereciera por efecto de causas naturales. Por esto imaginaron que Creso había expiado el crimen que hizo rey á Giges. Cuando penetraban los persas en la ciudadela, Creso hizo lo que otros monarcas: prender fuego á su palacio, para que no le cogiera vivo el vencedor. Probable es que se consumara el sacrificio, pero el pueblo no pudo resignarse á creerlo. Baquílides afirmaba en una oda célebre que al elevarse la llama, Apolo se apoderó del soberano y lo transportó á las regiones hiperbóreas. La versión de Herodoto dice que cuando Creso estaba en días de grandeza había recibido la vista del ateniense Solón y le había preguntado cuál era el más feliz de los hombres. Solón le citó varios ejemplos, y acabó por decir-

le que no se puede juzgar de la dicha del hombre mientras vive, porque el dios nos da á veces un relámpago de prosperidad y en seguida nos hace desventurados. Creso no comprendió en aquel momento lo sabio de este parecer, pero poco después de marcharse el ateniense, su hijo Atis fué muerto en la casa por uno de sus huéspedes, y aún no se había consolado de su desgracia, cuando la toma de Sardes le convirtió en mendigo y esclavo. Por poco no le mató al asaltar la plaza un soldado persa que no le conocía. Otro hijo suyo, sordomudo de nacimiento, se aterrorizó tanto al ver el peligro, que rompió á hablar y gritó: «¡Soldado, no mates á Creso!» Creso fué condenado á muerte por el vencedor. Ya estaba en la hoguera, cuando recordó las palabras del sabio y exclamó tres veces: «¡Solón!» Ciro le interrogó, se enteró de la historia, y le indultó. La llama no se extinguía, pero una tormenta evocada por Apolo estalló súbitamente y anegó la pira en pocos momentos. El lidio se convirtió en amigo fiel y consejero de su vencedor, le acompañó por todas partes y le fué útil en más de una ocasión. Al pasar el Halys había destruido Ciro un gran imperio, pero aquel imperio era suyo. El hijo de Cambises, el persa, y de la mujer meda, el Mulo, como le había llamado el oráculo, volvió á Ecbatana después de su victoria, dejando á sus lugartenientes la tarea de consumar la anexión. Mazares reprimió una rebelión de Sardes, tomó una tras otra las colonias griegas de la costa y falleció de cansancio. Su sucesor Harpago acabó la tarea y conquistó á Licia, que se había resistido á los mermnadas. La gente de Focea y Teos se expatrió, la población toda de Xantos se dejó matar antes que rendirse y el resto se resignó á su suerte y sufrió dócilmente la soberanía de los persas.

Mientras Harpago acababa de pacificar el Asia Menor, Ciro se internaba en las regiones lejanas del Extremo Oriente. De aquella época de su reinado tenemos noticias aisladas y casi sin valor. Según Ctesias, empezó por atacar á Bactriana. Sus habitantes eran soldados excelentes y al principio combatieron con fortuna. Ctesias afirma que depusieron las armas al saber que Ciro estaba casado con una hija de Astiajes. No se comprende qué influencia pudo ejercer en su decisión el matrimonio del conquistador con una princesa meda. Ctesias ha debido de reproducir una leyenda corriente entonces en la corte de Susa. La anexión de Bactres implicaba la de Mar-

giana, de Khorasmia y de Sogdiana. Ciro construyó varias plazas fuertes, la más célebre de las cuales, Cirópolis ó Cireskhata, dominaba uno de los vados principales del Taxartes. Las estepas de Siberia interrumpieron su marcha hacia el Norte, pero al Este, en los llanos de la Tartaria China, los zaka ó sacios, famosos por su valor y su riqueza, no se libraron de su ambición. La asaltó, cogió á su rey Amorges y pensó haberla reducido, pero Sparetta, mujer de Amorges, reunió á los últimos adictos y rechazó al invasor. A pesar de esta victoria, los sacios se declararon tributarios y formaron la vanguardia del imperio contra las naciones del Este. Al dejarlos Ciro se dirigió hacia el Sur á la meseta del Irán y recorrió el Haraiva (Aria), los Tatagus (Satagidia), el Haranvati, el Zaranka y el país entre el río de Cabul y el Indo. No sabemos si tuvo tiempo para pasar más allá del lago Hamún y llegar al mar Eritreo. Pretendía una tra-



El dios Sol sobre su barca diurna.

dición de época posterior que había perdido su ejército en los desiertos áridos de Gedrosia. No se puede dar crédito á estos relatos. Sólo es fijo el hecho de la conquista, pero los pormenores estaban olvidados hacía tiempo, cuando se quisieron recoger.

Estas guerras le llevaron cinco ó seis años, de 545 á 539 y en cuanto regresó, emprendió campaña contra Caldea. Esta parecía peor enemigo, pero sus luchas incesantes con Asiria la habían gastado y el esfuerzo empleado para libertarse y la guerra de Nabucodonosor la agotaron. La decadencia fué tan rápida como súbita la elevación. A los treinta años de morir el conquistador, se podía predecir la inminente ruina de su obra. Nabónides no tenía nada de héroe, ni siquiera de soldado. Era un monarca indolente y pacífico, más aficionado al culto de los dioses que á los ejércitos y campamentos. En los primeros años sofocó algunas rebeliones insignifi-

cantes en Siria, y reguló la sucesión de los reyes de Tiro. Más adelante, cuando se derrumbó Media, quiso recoger parte de los despojos y se quedó con la ciudad de Kharrán y el distrito correspondiente. A eso se limitaron sus hazañas y prefirió emplear en construcciones los recursos de su reino. Donde había un edificio arruinado, lo reconstruía ó restauraba. Así arregló muchos de los monumentos de los antiguos reyes caldeos, y el esmero con que cuidó de algunas poblaciones y de sus divinidades excitó la envidia de los sacerdotes de Babilonia. Entre tanto seguía engrandeciéndose Ciro, y desaparecían los aliados de Caldea. El año XVII se rebelaron los ribereños del Mediterráneo y nada hizo Nabónides para reducirlos á la obediencia.

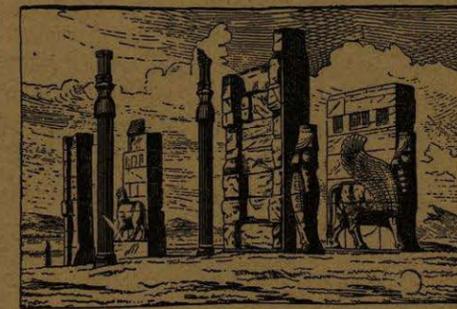
Los judíos estaban todavía harto débiles para imitar el ejemplo de sus antiguos reinos, pero si su disposición les impedía obrar eficazmente, no disimulaban el júbilo que les ocasionaba el aislamiento de Babel. La sentencia de destierro que les impuso Nabucodonosor no había sido tan general como suele creerse. La población de las ciudades secundarias y del campo, ó no había abandonado su hogar durante la guerra, ó había vuelto á él en seguida, bastante de prisa para que no se viesen obligados los caldeos, como los asirios después de la toma de Samaria, á reforzarla con colonias extranjeras. La misma Jerusalén no había sido transplantada por completo á Caldea. Muchos habitantes la habían dejado á tiempo para refugiarse en Egipto. El número de los deportados quizá no excedió de 80.000 en tres veces, pero por su calidad merecían ser considerados como representación de todo Israel. Entre ellos estaban los dos reyes últimos Joiakin y Zedekías, sus familias, la aristocracia de Judá, el clero del templo, el sumo sacerdote y los profetas. Fueron distribuidos entre Babilonia y las ciudades vecinas. No se conoce con exactitud más que una de sus residencias, Tel Abib, junto al Kebar, pero muchas colonias judías que florecieron en aquellas regiones durante la época romana se suponía que procedían del tiempo del cautiverio. Una leyenda recogida en el Talmud afirmaba que la sinagoga de Shafyatib, cerca de Nehardaa, fué edificada por el rey Joiakin con piedras sacadas de las ruinas del templo de Jerusalén. Aquellas comunidades disfrutaban completa autonomía. En pagando impuestos y prestaciones, podían practicar su religión, y administrarse á su gusto.

Los jefes de las tribus conservaron su categoría; el caldeo los dejaba en libertad de ejercer el mando sobre ellos. Nadie sabe cómo arreglaron su existencia los judíos y qué industrias ejercieron para conquistar bienestar y riqueza. Algunos siglos después se imaginó que los desterrados estaban sumidos en la penitencia y en la inercia. Así sólo vivían en realidad sacerdotes y escribas. Su existencia quedó vacía desde el momento en que el conquistador los arrancó de aquella rutina de oraciones y ritos minuciosos que les parecía el privilegio más envidiable del hombre. El tiempo consagrado en otras épocas al servicio del templo lo pasaban lamentándose de las desdichas de la nación, acusándose de ellas, preguntando por qué no se había apiadado Jehovah de su pueblo.

Ezequiel, consagrado al sacerdocio desde su más tierna infancia, y deportado en 597 con Joiakin, meditaba sobre la historia de lo pasado, y decía que le había faltado al pueblo de Israel la protección de Dios por haber adorado á los falsos dioses del país de Egipto. Dios los había perdonado entonces, y también cuando repitieron sus faltas al pie del Sinaí, pero resolvió castigarlos duramente cuando nuevamente se prosternaron ante los ídolos. No creía Ezequiel que el castigo, aunque justo, fuera perpetuo y profetizaba que si Israel se arrepentía y observaba la ley, se apaciguaría la cólera divina.

Los profetas antiguos no habían trazado más que descripciones poéticas de la restauración y dicha de Israel, sin definir la ley que había de juzgarle, ni el culto que practicaría, ni las condiciones en que habría de basarse su prosperidad. Jeremías fué el primero en creer que había de establecerse nuevo pacto, pero no se atrevió á indicar sus cláusulas. Más osado Ezequiel, pensó en determinar los términos de la nueva alianza, y en redactar la constitución que habría de substituir á la antigua, el día que terminase el destierro. La monarquía no había dado resultado, y para un rey como Ezequías ó Josías, había habido diez como Achaz ó Manasés. Pero los judíos eran tan adictos á la forma de gobierno monárquica, que Ezequiel no creyó oportuno suprimirla inmediatamente. Se resignó á conservar un rey, pero rey más piadoso y menos independiente que el príncipe soñado por el autor del Deuteronomio, un servidor de los servidores

de Dios, cuya principal función se redujera á atender á las necesidades del culto. Jehovah era el único soberano cuya autoridad aceptaba del todo, pero no el Jehovah de sus antecesores, el Jehovah de amor que «nada hace sin revelar el secreto á sus profetas», ni el de Hoshea que «gusta del amor y no de los sacrificios, más aficionado al conocimiento de Dios que á los holocaustos». Su Jehovah, no quería comercio familiar con los intérpretes de sus voluntades, no se acercaba al hombre más que por mediación de los ángeles. Le era grato el afecto de sus hijos, pero prefería ser respetado y temido, y gustaba del perfume de los sacrificios legales. El primer deseo del profeta era erigirle un templo nuevo en la montaña. Reedificó aquel templo de Salomón, donde había pasado él su juventud, sobre el mismo plano, pero de mayor tamaño. Como á tal edificio correspondía un clero digno de habitarlo, debían ser sacerdotes los hijos de Sa-



Pórtico de Persépolis.

dok, únicos que habían conservado inquebrantable devoción. Los demás levitas tendrían empleos secundarios, por haber dado mal ejemplo con predicaciones idólatras. Preveía y determinaba Ezequiel todos los deberes y prerrogativas, rentas del altar, sacrificios, fiestas y preparativos de los banquetes. Las más nimias recetas de cocina ó matanza sagradas le parecían tan necesarias para la prosperidad futura del pueblo, como los preceptos morales. Profetizó, arrastrado por su imaginación, todo género de venturas para Israel, que había de fundar alrededor de la montaña de Sión, la nueva Jerusalén.

Ezequiel no ejerció gran influencia entre sus contemporáneos, y las ideas defendidas por Jeremías tuvieron muchos más partidarios. Algunos de los desterrados se obstinaron cada vez más en adorar á las divinidades paganas y se fundirían probablemente con la masa de la población caldea. El mayor número permaneció fie-

á sus esperanzas y se aplicaron á vislumbrar entre los sucesos que se iban desarrollándose á su vista, los signos precursores de la emancipación anunciada por el profeta. La muerte de Nabucodonosor en 562 produjo un cambio en su estado. Evilmerodach sacó al rey Joiakin de la cárcel donde languidecía hacía treinta años y lo trató honrosamente; no era esto la restauración deseada, pero á lo menos significaba el término de la persecución. Luego vinieron las pendencias del palacio, que en menos de ocho años hicieron variar cuatro veces de poseedor el cetro de Nabucodonosor; después el advenimiento del pacífico y devoto Nabónides; más adelante las primeras victorias de Ciro. Todo lo advertían los vigilantes ojos de los desterrados y sus profetas empezaron á declarar que pronto llegaría la caída de Babilonia. Uno de ellos ve á los pueblos del Norte y el Este en marcha contra la ciudad condenada; otro, al opresor muerto y padeciendo en los infiernos.

El eco de estas maldiciones no llegaba á oídos de Nabónides, pero comprendía éste el peligro que le amenazaba y trató de conjurarlo. No restauraba los templos ni restablecía cultos olvidados por antojo de arqueólogo, sino para apartar de su personas y de su pueblo la cólera de los dioses enemigos y captarse la protección de los nacionales. Esta afectación de piedad hacía dioses que no eran babilónicos, descontentó á los sacerdotes de Babilonia y cuando se presentaron los persas en la frontera el año 538, no eran sólo los cautivos internados en Caldea quienes anhelaban la llegada del extranjero, sino también una parte de la población indígena. Nabónides recurrió á los grandes medios: dispuso sacrificios á Belo, y trasladó á la capital los dioses más venerados. No intimidó á Ciro la llegada de esta guarnición de ídolos, y venció á sus adversarios en pocas semanas.

A principios del mes de Tamuz había atravesado el Tigris, derrotando á los caldeos cerca de la ciudad de Botum. Inmediatamente estalló en Akkad una rebelión que dejó á Nabónides sin esperanza alguna. El 14, entraron pacíficamente los persas en Sippar. El 16, su general Gobrias se apoderó de Babilonia, casi sin combatir. Nabónides, entregado por los suyos, fué tratado benévola y destinado á Carmania. Su hijo Belsharusur (el Baltasar de los hebreos), hizo un supremo esfuerzo para rechazar la invasión. Derrotado por Gobrias el 11 del

mes de Marchesván, pereció en la derrota. El imperio todo cayó de una vez y sin sacudimiento en manos de los persas.

Véase el cuadro de los reyes de Caldea desde Nabunazir:

I.	Nabunazir.	747-733
II.	Nahid.	733-731
III.	Uzinkir y Pulu.	731-726
IV.	Ululaa.	726-721
V.	Mardukbalidinna.	721-709
VI.	Sharukin.	709-704
	Primer interregno.	704-702
VII.	Belibni.	702-699
VIII.	Ahshgurnadinsumu.	699-693
IX.	Nerhalushezib.	693-692
X.	Mushezibmarduk.	692-688
	Segundo interregno.	688-680
XI.	Ashsrubakheiddin.	680-667
XII.	Shamashumukin.	667-647
XIII.	{ Ashshurbanabal. } { Ashshuretililani. }	647-625
XIV.	Nabubalusur.	625-604
XV.	Nabukudurur.	604-561
XVI.	Amilmarduk.	561-559
XVII.	{ Nergalsharusur. } { Labashirmarduk. }	559-555
XVIII.	Nabunahid.	555-538

Los pueblos tributarios, sirios, árabes, fenicios, perdieron sus antiguos dueños y cambiaron de amo con la mayor indiferencia. No pudiendo ser libres, poco les importaba que los dominaran unos ú otros. La misma Babilonia pareció adaptarse á su servidumbre, y los partidos hostiles á Nabónides se alegraron de su cautividad. Ciro hizo cuanto era necesario para granjearse sus simpatías. Como sus antecesores asirios, Tiglatfalasar, Sargón, Asarhaddón y Asurbanabal, se doblegó á las exigencias de su orgullo, y cogiéndose á las manos de la imagen de Belo, se proclamó formalmente rey de Babilonia. Su primera decisión fué enviar á sus respectivas ciudades los dioses sacados de ellas por Nabónides al principio de la campaña, y esta satisfacción concedida á las almas devotas acabó de hacerles grato el vencedor, al cual empezaron á considerar como enviado de Dios.

No eran los caldeos solos quienes pensaban así; los judíos lo creían más firmemente todavía. La manera de sucumbir Babilonia había frustrado sus esperanzas, desmintiendo las prediccio-

nes de sus profetas. La ciudad de Nabucodonosor no había desaparecido de la haz de la tierra como la de Sargón y de Senaquerib, y la venganza de Jerusalén era menos completa que la de Samaria. Pero en medio de esta decepción, notaban que su libertad estaba próxima y así lo anunciaba uno de sus poetas más grandes, cuyas obras se han transcrito á continuación de las de Isaías.

Ya en el primer año de su estancia en Babilonia, promulgó Ciro un edicto que permitía á los judíos regresar al país de sus padres. No se aprovecharon todos de esta facultad. Según la tradición, 42.360 se declararon dispuestos á dejar el destierro, guiados por Herbazzar, hijo del rey Joaquín, descendiente de David. Se establecieron en las pequeñas poblaciones de Judá y Benjamín, y la realidad respondió tan mal al ideal que se habían forjado, que dejaron pasar siete meses antes de limpiar el sitio del templo para erigir un altar de sacrificios. La pequeña colonia, perdida entre oleadas de pueblos hostiles, filisteos, idumeos, moabitas, amonitas y samaritanos, se agrupó alrededor del gobernador persa, demostrando inquebrantable fidelidad al único que podía protegerlos. Con ello contaba Ciro cuando los autorizó para volver á sus montañas y formaron en el extremo del imperio una provincia tanto más adicta á sus intereses, cuanto que dependía su existencia de su fidelidad.

El Faraón Amasis era el único de los aliados contra Persia que no había sido castigado. Parecía inminente una guerra contra Egipto, y Ciro vaciló un momento, pero dirigiéndose luego contra el Este, desapareció allí de un modo misterioso (529). Según Jenofonte, murió en su lecho, rodeado de sus hijos, edificando á cuantos lo veían con la sabiduría y cordura sobrehumanas de sus últimos momentos. Ctesias contaba que fué herido en un combate contra los derbikes, pueblo semisalvaje de Bactriana, y que sucumbió á los tres días de ser herido. Según Herodoto, pidió la mano de Tamiris, reina de los masagetas, y fué desdenado. Lleno de despecho atravesó el Araxes, derrotó á los bárbaros, y cogió prisionero á Spargaxises, hijo de la reina, que, desesperado, se suicidó. Tamiris reunió sus tropas y atacó á los persas, trabando con ellos sangrienta batalla. Empezaron por acibillarse á flechazos á corta distancia, y cuando se acabaron las flechas, lucharon cuerpo á cuerpo con lanzas y sables. La lucha duró mucho tiempo,

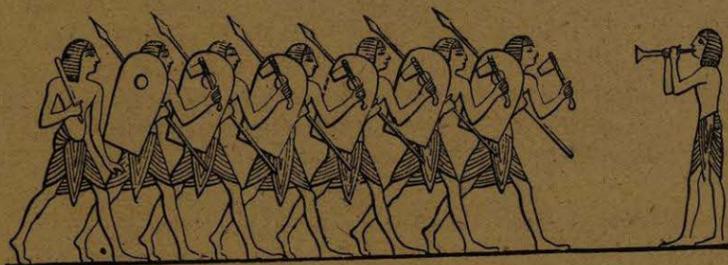
al fin vencieron los masagetas, y la mayor parte del ejército persa quedó en el campo de batalla. Ciro pereció en el combate, después de reinar veintinueve años. Tamiris mandó llenar un odre de sangre humana, y habiendo encontrado el cadáver del rey persa, le metió la cabeza en el odre, dirigiéndole atroces injurias. Los persas lograron recuperar el cadáver de su rey y lo llevaron á Pasargades, donde lo sepultaron suntuosamente en los jardines del palacio.

La poesía popular, que había desfigurado su vida, y substituyó con historias fabulosas el relato verídico de sus acciones, quiso convertirla en retrato ideal de un príncipe de Oriente, haciéndole el hombre más valiente, hermoso y dulce. Realmente parece que tuvo todas las cualidades de un general: actividad, energía, bravura, astucia, y la doblez tan necesaria en Asia á un conquistador. Amplio y tolerante para las religiones extranjeras, no tuvo las virtudes de un administrador, y no se ocupó en formar con los diversos pueblos sometidos á su mando un cuerpo constituido sólidamente. Unicamente en Caldea y Lidia instaló gobernadores persas. En todos los demás lugares se conformó con una declaración de obediencia, dejando el gobierno en manos de los indígenas. Había conquistado todos los países del mundo antiguo, menos Egipto, y fundó el imperio persa, dejando la organización para sus sucesores.

Ciro había dejado la corona al mayor de sus hijos, Kambuzia II, llamado Cambises por los griegos, y el mando de varias provincias á su segundo hijo Bardiya (Smerdis) creyendo que así evitaría las disensiones que suelen acompañar á un cambio de reinado en Oriente. No logró sus deseos, pues Cambises, apenas ocupó el trono, degolló á su hermano. El crimen se perpetró tan secretamente, que el vulgo no llegó á enterarse. El pueblo y la corte creyeron que se había encerrado á Bardiya en algún palacio remoto de Media, y que pronto le volverían á ver.

Después de haberse deshecho de un rival á quien creía peligroso, no pensó Cambises más que en la guerra. Todavía desafiaba Egipto el

poderío de los persas. Desde su desdichada alianza con Lidia, Amasis siempre se había portado de tal modo que no daba pretexto para guerras á sus vecinos. Se limitó á restablecer en Chipre la antigua soberanía egipcia, y no demostró mayor ambición. Gracias á su prudencia inalterable, evitó todo conflicto con Ciro, y se aprovechó de los años tranquilos para desarrollar los recursos naturales de su reino, restaurando y agrandando la red de canales, favoreciendo á la agricultura, extendiendo el comercio y dando gran prosperidad á Egipto. Tebas, semi-independiente, administrada por la reina Oukhuas, hija de Psamético II, recobró la animación de sus riberas. Fueron restaurados con esmero los monumentos de Karnak y algunos particulares ricos labraron tumbas tan suntuosas y artísticas como las antiguas. Las fuerzas vivas del país se concentraron en



Infantería egipcia.

Memfis y en las ciudades del Delta. En Memfis edificó Amasis un gran templo de Isis, que ha desaparecido lo mismo que el coloso acostado de 75 pies de largo, consagrado por el mismo príncipe delante del templo de Phtah. Decoró muy bien á Buto, Sebenitos, Mendes, Tanis y algunas poblaciones secundarias. Construyó en Sais, en el templo de Neit, propileos magníficos, con columnas enormes y una avenida de esfinges. Se admiraban allí dos obeliscos gigantescos, una estatua yacente y una capilla monolítica de granito de color de rosa.

La revolución que dió el trono á Amasis había sido provocada por el partido nacional egipcio contra los extranjeros. Los mercenarios y los mercaderes griegos se habían declarado por Apries contra su rival y podía temerse que al vencer Amasis los expulsara del reino. No fué así. Amasis rey, olvidó los agravios que antes se le habían hecho. Sus antecesores habían acogido bien á los griegos; él los estimó apasionadamente y se hizo tan griego como

le era posible á un egipcio. Siguió en buenas relaciones con los dorios de Cirene y una vez intervino como árbitro en sus asuntos interiores. A Battos, que había triunfado tan fácilmente de los soldados de Apries, le sucedió Arkesilao. Discordias palatinas complicadas con una guerra contra las tribus libias, en la cual había llevado la peor parte, indispusieron contra él á los egipcios que tenía á sueldo. Su hermano Laarcos le asesinó y le sucedió con aprobación de los mercenarios, y luego fué muerto por Erixo y Poliarcos, mujer y cuñado, respectivamente, de su víctima. Los partidarios de Laarcos se dirigieron al Faraón, y éste se preparaba á ayudarlos con su ejército, cuando la muerte de su madre interrumpió los preparativos. Poliarcos fué á Egipto durante el luto regio y defendió tan bien su causa, que la ganó. Battos el Cojo, hijo de Arkesilao y de Erixo, fué proclamado por su poderoso vecino. Más adelante, una alianza más íntima estrechó los vínculos que unían á ambos Estados. Mitad por política, mitad por capricho, Amasis se casó con una mujer

de Cirene, llamada Ladike, hija, según unos, de Arkesilao ó de Battos, y según otros, de un rico particular cuyo nombre era Critobolos.

Los griegos de Europa y de Asia estaban tan contentos con él como los de Africa. Entró en tratos amistosos con los principales santuarios de la Hélade y les envió más de una vez magníficos presentes. Ardió en 548 el templo de Delfos, y los alcineónidas se comprometieron á reedificarlo por 300 talentos, cuya cuarta parte habían de dar los délficos. Estos, hartos pobres para proporcionarse tan gran cantidad, pidieron á todas las naciones amigas. Amasis les envió mil talentos de alumbre de Egipto, que era el más estimado de todos. El alumbre se empleaba para tinturas y costaba muy caro, y los délficos sacaron buen partido de él. Envío Amasis á Cirene una estatua de su mujer Ladike y otra de Neit, completamente doradas, é hizo á Grecia otros muchos regalos. Afluyeron los griegos á Egipto y se establecieron en número tan grande, que para evitar disgustos con los indígenas hubo

que reglamentar de nuevo su situación. Las colonias fundadas á lo largo de la rama pelúsica por los jonios y carios de Psamético I habían prosperado y poseían ya una población que podía evaluarse en unas 200.000 almas. Amasis la trasladó á Memfis ó á las cercanías para resguardarse con ella de sus súbditos egipcios. Los colonos más recientes fueron enviados hacia la rama canópica, al pequeño pueblo de Pamaraiti, que se llamó Naucratis, y que se les dejó á ellos por completo. Allí constituyeron una república gobernada por magistrados independientes, y tenían un Pritáneo, dionisiacas, fiestas en honor de Apolo Komeos, distribuciones de vino y aceite, el culto, en fin, y las costumbres de Grecia. Aquél fué el único puerto abierto á los extranjeros. Cuando un buque mercante perseguido por piratas, asaltado por la tempestad ú obligado por cualquier accidente marítimo llegaba á otro punto de la costa, el capitán tenía que presentarse ante el magistrado más cercano para jurar que no había violado la ley voluntariamente, sino por fuerza mayor. Si la disculpa parecía plausible, se le autorizaba á ganar la boca Canópica. Cuando el viento ó el estado del mar se oponían á que partiera, se embarcaba el cargamento en barcos del país y se transportaba al territorio griego de Naucratis por los canales del Delta. Esta disposición de la ley hizo la fortuna de Naucratis: todo el comercio del Nilo pasó por sus mercados, y la población se convirtió en pocos años en uno de los emporios del mundo antiguo. Los griegos de todos los países la llenaron, y no tardaron en desbordarse por los campos cercanos, que sembraron de quintas y caseríos. Los mercaderes griegos que consentían en no vivir bajo la protección helénica quedaban autorizados para establecerse en la población egipcia que eligieran y construir factorías. Amasis les concedió el libre ejercicio de su culto. El Alto Egipto y el Desierto, no se libraron de esta invasión pacífica. Los negociantes de Naucratis sintieron pronto la necesidad de tener agentes en el camino de las caravanas procedentes del interior de Africa. Los milesios abrieron sus factorías en la antigua ciudad de Abidos y los samios de la tribu Eskrionia llegaron hasta el Gran Oasis. Los griegos traían de aquellas regiones lejanas relatos maravillosos que excitaban la curiosidad de sus contemporáneos y riquezas que estimulaban su codicia.

Filósofos, mercaderes, soldados se embarcaban para el país de las maravillas, en busca de la ciencia, de la fortuna ó de aventuras. Amasis, que temía un ataque de los persas, acogía á los emigrantes con los brazos abiertos. Los que quedaban eran adscritos á su persona; los que se marchaban llevaban consigo el recuerdo de los buenos tratos recibidos y preparaban en Grecia las alianzas que Egipto esperaba necesitar á los pocos años.

Todo ello estaba prudentemente concebido, pero los egipcios de raza antigua no parecían muy conformes con tales previsiones. Como los judíos desde el tiempo de Ezequías, como los babilonios en tiempos de Nabónides y como la mayor parte de los pueblos de raza antigua que se sienten amenazados por la ruina, atribuían su debilidad, no á sus propias faltas, sino á la fatalidad sobrenatural. Los favores prodigados por Amasis á los extranjeros les parecieron un verdadero sacrilegio. ¿No llevaban los griegos sus dioses consigo? ¿No se encontraban en ciudades y campiñas gentes que asociaban el culto de divinidades bárbaras con el de las nacionales? ¿No había mandado el Faraón que se pagara el sueldo á los mercenarios de los bienes de los templos? El odio nacional contra él no se manifestó con actos ni revueltas. Se le calumnió sordamente y desnaturalizó su carácter. Se le atribuyeron mil historias malignas que se perpetuaron durante los siglos siguientes. Se contó, que antes de su advenimiento gustaba de comer y beber con exceso, que padeció de escasez de dinero, pero que siempre había logrado proporcionarse lo que le faltaba por diversos medios, de los cuales el más honrado era el hurto. Se afirmó, que siendo ya rey, seguía emborrachándose, por lo cual no podía despachar los negocios públicos. A estas y otras leyendas no menos falsas, oponían sus partidarios algunas que le honraban. De una tina de oro en la cual se lavaban los pies él y su familia todos los días, hizo una estatua divina á la cual rendía homenaje el pueblo. Convocó entonces á sus súbditos, les dijo que su veneración se dirigía á una tina, y añadió «Lo mismo me ocurre á mí; antes era un cualquiera, pero ahora soy rey, por lo cual debéis honrarme.» De todos modos, el sentimiento de odio prevaleció en el espíritu de los indígenas.

Muerto Ciro, se resignó Amasis á la guerra. No